

MENSAJE MARIANO DE UNIDAD

Fr. MANUEL GONZÁLEZ BUENO, O. P.

El misterio de la unidad encierra insondables perspectivas: destella del rostro de Dios y es un reflejo del mismo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Tres personas realmente distintas y un solo Dios verdadero. Dios es la suma Unidad dentro de la Trinidad.

DIMENSIÓN TRINITARIA

Para vivir la unidad, hay que mirar a Dios y vivir a Dios. La fuente de la unión entre los hombres, entre los cristianos, entre nosotros mismos, es Dios. Miremos a la unidad de los Tres, para saber realizar la nuestra. Participemos en la vida de los Tres, para ser plenamente uno, para tener un solo pensamiento y un solo corazón. Aceptando la fe de Dios y amando con el amor de Dios, pensaremos y amaremos todos de la misma manera. Ellos estarán en nosotros y nosotros en ellos, y seremos uno como Ellos son uno.

DIMENSIÓN CRISTOLÓGICA

La vida de Dios a todos se nos comunica por Cristo. El es el camino, la verdad y la vida. El Padre nos lo envió para que tuviéramos vida y la tuviéramos en abundancia. Dios nos lo da todo por El. Nadie puede ir al Padre, sino es por el Hijo. Toda la vida y gracia de Dios nos viene por Cristo, en quien tenemos la remisión de los pecados, la abundancia de las divinas bendiciones y la plena incorporación a la vida de Dios.

Por tanto, para ser uno en Dios, para entrar en la vida divina y participar de la unidad de la Trinidad, necesitamos estar en el Hijo y que el Hijo esté en nosotros. Dios nos reconcilia y nos une consigo en Cristo y por Cristo. Cuando vivimos de Cristo, vivimos de Dios; y en la medida en que estamos en Cristo, en esa misma estamos en Dios. Uniéndonos con Cristo, nos unimos con Dios y con todos. De ahí que nuestra más radical tarea de unidad sea *incorporarnos a Cristo*, vivir de Cristo, unirnos a Cristo, identificarnos con Cristo, ser el mismo Cristo. Como sólo participando de la unidad de Dios, podemos llegar a la unidad de todos en Dios, y esta unidad de Dios, con su vida y su gracia, se nos da en Cristo y por Cristo, lo único, lo más importante, lo que realmente es unidad de Dios, con su vida y su gracia, se nos da en Cristo y vivir cada vez más perfectamente de su vida y de sus misterios. Cuanto más nos demos a Cristo y más Cristo viva en nosotros, más contribuiremos a la unión de todos en Cristo.

Cobremos conciencia de esta obligación de nuestro ideal de unidad y tratemos de cumplirla con perfección. Revistámonos cada vez más perfectamente de Cristo. Tengamos en nosotros los mismos sentimientos de Cristo. Seamos sarmientos plenamente unidos a la verdadera Vid. Sigámosle siempre más de cerca. Dejémonos atraer hacia El, que está en la cruz atrayéndolo todo hacia sí. Configurémonos más y más con su imagen de Hijo del Padre. No nos detengamos hasta poder decir con el Apóstol: “ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí”. En este esfuerzo de ascética y mística unión con Cristo está nuestro mayor y mejor servicio a la causa de la unidad.

DIMENSIÓN NEUMATOLÓGICA

Esta progresiva y perfecta incorporación a Cristo, para actuar su misterio en nosotros y cooperar a la unión de todos en El, no depende sólo de nosotros: es también obra del Espíritu Santo, que viene en ayuda de nuestra flaqueza. Cristo nos lo envía para que lleguemos a comprender la verdad completa y a conseguir la unión perfecta con El y con todos en El. Todo lo que conduce a la unión de cada uno con Cristo y de todos en Cristo es efecto del Espíritu Santo. El, que realizó la unión física de la naturaleza humana con la divina en la persona del Hijo de Dios por el misterio de la encarnación,

es el que sigue realizando la unión mística de todos los hombres con Cristo Cabeza por la formación de la Iglesia, que es el Cuerpo místico de Cristo. Así como nadie puede decir meritoriamente el nombre de Jesús, sino en el Espíritu Santo, mucho menos puede nadie unirse a Cristo y contribuir activamente a la causa de la unidad, sino es por el Espíritu Santo. El es el que tomando de Cristo —de su verdad, de su vida y de su amor—, nos lo recuerda todo, nos lo descubre todo y nos hace vivir cada vez más perfectamente de Cristo, por Cristo y para Cristo. Por ser el lazo de unión entre el Padre y el Hijo, su Amor personal y mutuamente comunicado, es también el principio y la causa de toda nuestra unión con Cristo, con Dios y con todos.

Sepamos ser siempre y en todo dóciles y fieles al Espíritu Santo. Invoquemos de continuo su asistencia. Secundemos todas sus mociones. No le contristemos en nada. Dejémonos guiar por su acción. No le tengamos ni miedo ni recelo. Sigamos su impulso y su luz, aunque no vislumbremos a dónde nos lleva; aunque parezca contradecir nuestras más profundas aspiraciones; aunque cambie el rombo de nuestra vida; aunque nos presente la cruz; aunque nos deslumbre su claridad; aunque nos pida más de lo que podemos dar; aunque nos deje sin todo y nos lance hacia el vacío, sin saber a dónde iremos a parar, pues siempre será hacia Dios, hacia su amor, hacia la unión con El y con todos en El.

Para llegar a donde no sabemos, tenemos que ir por donde tampoco sabemos. La unidad, que está más allá de las divisiones y el pecado, donde el Espíritu Santo conoce y a donde el Espíritu Santo nos guía, exige mucha fe, mucho coraje, mucho amor, mucha entrega y mucha fidelidad a su acción santificante y unificadora. Démosle nuestra acogida y nuestra impotencia. Escrutemos sus designios y sigámoslos con decisión y exactitud. Estemos siempre bajo su acción y a su servicio. Nuestros fracasos y nuestras luchas, nuestros errores y nuestras deficiencias también valen, cuando están a su disposición. La causa de la unidad nos exige entregarlo todo —lo bueno y lo malo, el gozo y el dolor, la vida y la muerte— al Espíritu Santo, y tratar siempre de seguir su impulso y ser fieles a su llamada de santidad y unidad, a pesar de todo lo que pida y de todo lo que se le oponga. No le defraudemos. No le fallemos. Respondamos con toda generosidad. Con su luz y su

fuerza todo lo podemos. Con El nunca se pierde. Respondiendo a su moción, llegaremos a la plena unión con todos en Cristo y en Dios.

DIMENSIÓN ECLESIOLÓGICA

La realización de este ideal de unión con Dios y con Cristo, bajo la acción del Espíritu Santo, se logra en la Iglesia. La vida que Dios nos transmite por Cristo es en orden a que todos formemos su única Iglesia. Cristo nos convifica y nos salva, incorporándonos a su Iglesia, de la que es el Fundador y la Cabeza, para que todos seamos el único Reino de Dios que El vino a instaurar, la única comunidad o familia de los salvados y santificados por su sangre. El Espíritu Santo a todos nos da lo que toma de Cristo, para guiarnos y congregarnos en la única Iglesia de Cristo, que es el Cuerpo de Cristo, en el que El reside, al que El vivifica y al que El convoca de los cuatro vientos de la tierra. La Iglesia es la casa del Padre, el Cuerpo de Cristo, el templo del Espíritu Santo. En ella se vive la vida de Dios, se reparte la sangre de Cristo y se recibe el amor del Espíritu Santo. Le pertenecen todos los que de alguna manera poseen, por Cristo en el Espíritu Santo, alguna participación de la vida de Dios. Es la congregación de todos los que creen en Cristo y viven de Cristo, que les lleva al Padre por el Espíritu Santo. No hay vida de Dios, salvación de Cristo o santificación del Espíritu Santo más que en la Iglesia y por la Iglesia.

La Iglesia es la que posee y realiza la unidad de la Trinidad, a la que todos estamos llamados. En ella y por ella, todos los que le pertenecemos llegamos a ser uno, en la medida en que compartimos su vida, por la acción del Espíritu Santo, como el Padre y el Hijo son uno, por la misma comunicación del Espíritu Santo, puesto que en ella y sólo por ella entramos en comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. La unidad de la Trinidad sólo la podemos realizar en la Iglesia y por la Iglesia.

Este sentido eclesial y comunitario de la unidad nos obliga, para alcanzarla, a entrar y pertenecer a la Iglesia. Pero a la Iglesia tal como Cristo la instituyó, con su jerarquía presidida por Pedro y sus sucesores, con sus sacramentos, con su sacerdocio, con su magisterio infalible, con toda su verdad y

todos sus medios de salvación. En esta Iglesia de Cristo, a través de todas sus instituciones visible, actúa siempre invisiblemente el Espíritu Santo, para alcanzar la unión de todos los hombres entre sí y con Dios. Es el único Cuerpo de Cristo, invisible y visible, interno y externo, presente y futuro, al que todos hemos de incorporarnos como miembros para ser una sola cosa: el único y mismo Cuerpo de Cristo, el mismo Cristo.

Sintamos al unísono con la Iglesia. Obedezcamos en todo sus directrices. Acatemos con fidelidad y prontitud su magisterio. Conozcamos sus enseñanzas y tratemos de realizarlas. Alimentemos nuestra vida cristiana de la vida de la Iglesia. Hagamos muy nuestro todo lo que ella nos proponga. El deseo de la unidad nos obliga a ser plenamente eclesiales. Cuanto más intregados estemos en la Iglesia, asumiendo sus responsabilidades, penetrando su doctrina, apropiándonos sus necesidades, recibiendo y acrecentando su santidad, viviendo sus intenciones y comulgando en todo con su vida, más nos uniremos a Dios y más contribuiremos a la plena unión de todos en Dios. Tengamos hambre y sed de todo lo que ella nos enseña sobre la vida cristiana, la vida religiosa y la empresa ecuménica en favor de la unidad. Siguiendo la dirección de sus enseñanzas y el ritmo de su vida, estaremos en comunión con el Padre, sentiremos con Cristo, viviremos en el Espíritu Santo y seremos constructores eficientes de unidad. La Iglesia, hogar de unidad, nos llevará a la perfecta unidad. Seamos hijos fieles de ella.

Como esposa y amante de Cristo, todo su anhelo es engendrarnos en Cristo, alimentarnos de Cristo, llevarnos a Cristo y transformarnos en Cristo, para que con El y por El seamos consumados en la unidad por la acción de su Espíritu. Dejémonos amamantar, criar y dirigir por esta madre, que no se interesa más que por Cristo. En su regazo de madre, no se revestiremos de Cristo y llegaremos a tener todos el mismo sentir y el mismo pensar, la misma alma y el mismo corazón, porque todos tendremos los sentimientos de Cristo y seremos uno en Cristo. Es el camino y la forma de nuestro trabajo por la unidad. Realicémoslo lo mejor que podamos.

DIMENSIÓN MARIOLÓGICA

El modelo y la Madre, el prototipo y la cooperadora, de esta plena comunión con Dios y con todos, se nos ofrece en la Stma. Virgen María. Por Ella el Padre nos entrega a su Hijo amado; Ella, consagrándose a la obra de su Hijo, colabora con El al nacimiento de los hijos de la Iglesia; y el Espíritu Santo la asume para formar el cuerpo físico de Cristo en la encarnación y el Cuerpo místico de Cristo en la salvación de la humanidad.

Como hija predilecta del Padre, es inmaculada y está toda llena de la gracia y la vida de Dios. Habiendo recibido desde el primer instante de su concepción mayor plenitud de gracia que todos los ángeles y santos juntos, crece en ella durante toda la vida, con tanta rapidez y tanta intensidad, que es la criatura más santa y pura que se puede imaginar. Nadie más que el mismo Dios puede medir el grado en que vivió de intimidad y mística unión con El. Su entrega al Padre y su participación en la vida divina son las más elevadas, después de Cristo. Los misterios, que esta plenitud de vida divina reprodujo en el cielo de su alma inmaculada, abnegada, consagrada, anonadada y amoldada en todo al designio de Dios —hágase en mí según tu palabra—, son el secreto inefable de su santidad y su unidad con Dios y con todos en Dios.

Como Madre y Socia de su Hijo, el Redentor, se entregó totalmente a su persona y a su obra salvadora. Le amó y le sirvió con toda su fe y todo su inmenso, heroico y sublime amor de Madre y de santa. Acogió la palabra de Cristo con corazón dócil y generoso, haciéndola fructificar hasta el ciento por uno. Practicó el espíritu de las bienaventuranzas en su máxima realización, y se fue modelando en todo según la imagen del Hijo, sintiendo en todo como El sentía y viviendo por todas las intenciones por las que El vivía. Su vida entera fue una perfecta configuración con su Hijo y una activa y generosa colaboración con El en la obra de la redención. Con El nos redimió, con El expió nuestros pecados y con El nos mereció todas las gracias. Su misión no sólo consistió en engendrar como hombre al Hijo de Dios, nuestro Salvador, sino también en cooperar con El a nuestra regeneración como hijos de Dios y a nuestra incorporación al Reino de Dios, al Cuerpo de Cristo, a la formación de su única Iglesia. No sólo es la más configurada con Cristo, sino también la que más influye en

nuestra unión: en la plena unión de todos con Cristo y en Cristo.

Como templo y esposa del Espíritu Santo, en todo le ha sido fiel hasta el olvido total de sí y la perfección de su entrega. Acató con toda sumisión el designio de la encarnación en Ella del Hijo de Dios y prestó para ello al Espíritu Santo, no sólo su cuerpo, sino también toda su alma y toda su santidad. Bajo la acción del Espíritu Santo, deseó y quiso ser Madre de Dios, con plena conciencia, plena lucidez y plena voluntad inflamada de caridad. El Espíritu Santo la iluminaba, la guiaba y la movía en todo; y Ella le seguía y le correspondía con creciente delicadeza y perfección. Todo su empeño fue agradar en todo al Espíritu Santo, al dulce huésped de su alma. Fue el arpa más fina y más sensible, que El pulsó para arrancarle arcanas y sublimes melodías de amor y entrega a Dios, a Cristo y a todos.

Por esta mutua entrega del Espíritu Santo a Ella y de Ella al Espíritu Santo, la configuración de Ella con Cristo y la unión de El con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con Cristo su Hijo y con todos en Cristo, es la obra maestra de Dios. El Espíritu Santo la inundó de los dones de Dios, la asimiló perfectamente a Cristo y la consumó en la unidad de la Trinidad. Ella es, por obra del Espíritu Santo, la que más perfectamente se ha revestido de Cristo: la plenamente cristificada, la plenamente unificada y unida con Dios: el modelo, el prototipo, la plena realización de la unión con Cristo, con Dios y con todos. En Ella ha llegado al máximo, lo que todavía se ha de realizar en todos.

De esta plenitud de su unión con Dios, viene que Ella es también el principio subordinado a Cristo y al Espíritu Santo, la Madre de toda otra unión con Cristo y con Dios, la colaboradora maternal de la unión de todos nosotros y de todos los hombres en el único Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. La vida de Dios a los hombres, en la que está la causa fundamental de nuestra unión, se nos comunica por Cristo y por Ella. La unión de todos en Cristo y con Dios es efecto de la gracia, que Ella ha merecido y nos distribuye en dependencia de Cristo. Su intercesión poderosa y su mediación universal intervienen en toda nuestra unión de unos con otros y de todos con Cristo. Los hombres todos nacemos a la vida de hijos de Dios, nos incorporamos a Cristo, nos hacemos miembros

de su Cuerpo místico y crecemos en El, unidos a El y a todos los de El, como efecto de la corredención de María y por influjo de su mediación en la distribución de todas las gracias. Sigue siendo la Madre de Cristo para la formación de su Cuerpo místico, lo mismo que ha formado su Cuerpo físico. Su maternidad divina se expansiona en su maternidad espiritual sobre toda la Iglesia y sobre todos los hombres, que se incorporan a la Iglesia. Después de la encarnación, su misión maternal es procurar que todos los hombres nos hagamos miembros del único Cuerpo de su Hijo.

El Espíritu Santo, que la asumió en la encarnación del Hijo de Dios, la sigue asumiendo en la formación de la Iglesia. Es su fiel asociada, su dócil instrumento en toda su obra de santificación y unificación. En Pentecostés se comunicó en presencia de Ella y por los ruegos de Ella; y ahora sigue actuando en las almas, en la Iglesia y en la humanidad, a través de Ella y por la intercesión constante de Ella. Todos los que nacen a la vida de Dios y a la unidad del Cuerpo de Cristo por la acción del Espíritu Santo, sean o no católicos, hacen también de Ella y por Ella, que en todo secunda los planes del Espíritu Santo y en todo colabora, asumida por El, para realizarlos.

Por esta acción maternal en el interior de las almas y en el conjunto de la Iglesia y de las iglesias asociadas y dependiente de Cristo y del Espíritu Santo, la Stma. Virgen es verdaderamente la Madre de la Iglesia y de la unidad: Madre de la unión de cada uno con Cristo por la participación de la vida de Dios y Madre de la unión de todos con Cristo en la participación de la vida de Dios y Madre de la unión de todos con Cristo en la constitución de la Iglesia, como Cuerpo de Cristo, animado y vivificado por su Espíritu. Nadie pertenece a la unidad de la Iglesia más que a través de Ella y por la mediación subordinada de Ella, que nos engendra a todos en la unidad del único Cuerpo de su Hijo, comunicándonos a través de sus ruegos y su mediación maternal la misma fe, la misma vida y la misma comunión en los bienes salvíficos del Reino de Dios. Entre todos no constituimos, por su acción maternal, más que un solo y mismo Hijo de Ella: el Cristo total, que va engendrando a través de la historia y del espacio, después de la formación del Cristo físico, por la mística unión de los miembros con la Cabeza. En su seno de Madre

fecunda está incluida toda la humanidad, que ha de ser alumbrada por Ella, bajo la sombra fecundante del Espíritu Santo, en la unidad de la Trinidad, que debe reflejar por Cristo la Iglesia. La unidad de la Iglesia es también, de modo subordinado, obra de María, la Virgen, lo mismo que la unidad de la naturaleza divina con la humana en la persona de Cristo, el Hijo de Dios.

Esta influencia de la Stma. Virgen María en el misterio de la unidad ha de tener repercusión en nosotros. Nos impone algunas obligaciones. En nuestro trabajo por la unidad ha de estar también Ella presente.

En primer lugar, hemos de fijarnos e inspirarnos en Ella, buscando la unidad como Ella. Si es la que mejor se ha unido a Cristo y a todos en Cristo, nosotros hemos de trabajar y avanzar hacia la unión con Cristo y con todos en Cristo, siguiendo sus huellas y sus ejemplos. Hemos de vivir como Ella de Dios, de configurarnos como Ella con Cristo, de corresponder como Ella a las mociones del Espíritu Santo y de servir a todos como Ella, supliendo en nosotros lo que falta a la pasión de Cristo, para estar en la unidad y contribuir a la unidad de todos según el plan de Dios. Desvivámonos por imitarla con esta intención ecuménica. Seamos, como Ella, humildes, sinceros, virginales, ardientes, dóciles, abnegados y fieles en todo. Enfervoricemos nuestra contemplación, sobrenaturalicemos nuestra acción, démonos con creciente fervor al seguimiento y servicio de Cristo. Sintamos la responsabilidad de toda la Iglesia y la solidaridad con todos los hombres, y ayudémosles, cumpliendo con fe y amor, igual que Ella, la misión que el Señor nos haya encomendado. Cuanto más nos parezcamos a Ella, más contribuiremos, como Ella, a la causa de la unidad.

En segundo lugar, para promover la unidad, hemos de recurrir a Ella y contar con Ella. Si Dios nos quiere comunicar por Ella la unidad, a Ella la hemos de pedir y con Ella y por Ella la hemos de buscar. Nuestros esfuerzos en favor de la unidad han de estar encomendados a Ella y avalados y reforzados por Ella. No podemos trabajar solos. Su invocación y su presencia en los caminos de la unidad y en las empresas ecuménicas han de ser explícitas y conscientes. Sin Ella, no podemos llegar a la unidad querida por Cristo. Como Cristo y el Espíritu Santo la asumen para realizar la unión de todos

en la Iglesia, también nosotros la debemos invocar y hacer intervenir en todas nuestras realizaciones en favor de la unidad. No prescindamos nunca de esta auxiliadora y promotora de unidad, que el mismo Dios nos da. Invoquémosla de continuo en favor de la unidad. Ofrezcámosle nuestras oraciones, nuestros trabajos, nuestros sacrificios, toda nuestra vida, para pedir con Ella, por Ella y a Ella la gracia de la unidad. Procuremos que nuestros deseos de unidad sean los de Ella y los de Cristo. Instalémonos en su corazón de Madre de la unidad, para pedir que todos seamos uno, por la fuerza del Espíritu, como el Padre y el Hijo son uno. Actualicemos en nosotros la oración de Ella y de Cristo por la unidad. Logremos que sean Ellos en nosotros, y no nosotros, los que oren por la unidad. La oración de Ellos por la unidad ha de prolongarse y realizarse en nosotros. Contemos con su ayuda en todo cuanto emprendamos por la unidad. Sometámosle todo de buen grado y logremos que nos lo bendiga y nos lo lleve a feliz término. Invocando su intercesión y estando bajo su protección, estamos seguros de alcanzar mejor, más fácil y más rápidamente la unidad, que tanto todos deseamos.

DIMENSIÓN DE CENÁCULO

La oración colectiva y pública por la unidad ha de ser un Cenáculo, en el que Ella esté presente y en el que se persevere con Ella en la oración. La invocación de Ella por la unidad no sólo ha de ser personal y privada, sino también comunitaria y externa. Hay que invocarla en común, formando Cenáculos, como el de Jerusalén, donde todos perseveren unánimes en pedir con Ella y por Ella la gracia de la unidad. Como el Espíritu Santo se comunicó en Pentecostés a los Apóstoles y a los fieles tras haber perseverado unánimes en la oración con María, la Madre de Jesús, así también ahora se comunicará de nuevo, para darnos la gracia de la unidad, si perseveramos unánimes en la oración con María, Madre de la unidad.

Para alcanzar la unidad son necesarios estos Cenáculos de oración con María y por María, pidiendo la unidad. Multipliquémoslos por todas partes. Organicémoslos con perfección. Donde quiera que surjan, son focos de unidad. Pongamos todo el empeño posible porque realicen este ideal. Identifiquémonos

personal y colectivamente con la Stma. Virgen, para participar comunitariamente, a modo de Cenáculo, en la oración de Cristo por la unidad. Sintámosla a Ella, nuestra Madre, viva y activa, en medio de nosotros y en nuestras peticiones por la unidad, mencionándola siempre de alguna manera. Una imagen de Ella ha de ser el signo de su mística y real presencia, y nuestra invocación explícita, el testimonio de nuestra confianza en su intercesión unificadora.

El Rosario nos pone siempre en esta actitud de Cenáculo. Apliquémoslo a diario y en común por la unidad. Un Cenáculo, que persevera en la oración con Ella y que vibra al ritmo de su corazón de Madre de la unidad, siempre atrae la efusión del Espíritu Santo y coopera eficazmente al designio final de Dios, de que todos tengamos un solo corazón y una sola alma en Cristo su Hijo. A ver si cada uno es el primero y el mejor.

DIMENSIÓN DE INMENSIDAD

La realización de este plan divino de unidad es una gran inmensidad. Los que sueñen en él, sueñan de continuo "nuevas inmensidades". Han de tener el alma y el corazón dispuestos siempre a más. No han de ceder al desaliento. Siempre han de imaginar y realizar nuevas empresas y nuevos esfuerzos.

A la unidad en la Iglesia de Cristo, por la participación de la vida divina y los dones de su redención, actuando el Espíritu Santo y cooperando la Stma. Virgen, están llamados a pertenecer e incorporarse todos los hombres de todos los tiempos y todas las latitudes. Pero aún estamos muy lejos de este ideal; aún queda mucho que hacer; aún hay una tarea inmensa para lograr la comunión de la humanidad en Cristo.

De los 3.479 millones de hombres, que existen actualmente en la tierra, sólo mil millones de hombres, no son cristianos; no poseen ninguna vinculación personal y consciente con Cristo. No le conocen, no le aman, no esperan nada de El. No caminan a su luz, no buscan en El la salvación. Están todavía muy lejos de la unidad, que El vino a establecer entre todos.

Los mil millones de cristianos están también muy divididos y muy alejados unos de otros. Los católicos somos 613 millones; los ortodoxos 200 millones; los protestantes 272 millones y los anglicanos 50 millones. En España las sociaciones,

confesionales no católico-romanas inscritas en el ministerio de Justicia ascienden a 132. Las Iglesias miembros del Consejo Euménico de las Iglesias son 247, en su mayoría de origen protestante.

Las diferencias dogmáticas, disciplinares, sociológicas y psicológicas, existentes entre estos distintos grupos cristianos, son a veces muy graves y profundas. Dentro de cada grupo, confesión o Iglesia, hay también mucha división y mucha falta de solidaridad. Por tanto aún falta mucho para la plena unión de todos en Cristo. La realización de la unidad aún tiene una inmensa tarea por delante. No podemos dormirnos, ni estar inactivos. Aún hay mucho que orar, mucho que sufrir, mucho que trabajar. Aportemos cuanto podamos. Hagamos nuestro el ideal de la unidad, el ideal de Cristo en el Cenáculo: de que todos seamos uno; el ideal de Cristo en la cruz: de atraerlo todo hacia sí. Vivamos por él, oremos por él, trabajemos por él, sacrifiquémonos por él, luchemos contra el mal, crezcamos en santidad, perfeccionemos toda nuestra vida, por esta causa de la unidad de todos en Cristo. Se trata del deseo más profundo del corazón sacerdotal de Cristo, que le llevó a morir en la cruz, para recapitular en sí todas las cosas; y debe quemar nuestras entrañas y llenar toda nuestra existencia. Entreguemos todo lo que podamos, en particular y en común, con creciente exigencia de perfección, para contribuir a la realización de este plan unificador de Dios. Vale la pena consumir la vida por esta intención, de que todos formemos un solo rebaño bajo un solo pastor y Cristo lo sea todo en todos. Con ello entraremos plenamente en los designios de Dios.

PERMANEZCAMOS "JUNTOS"

Todo apostolado exige comunidad de vida y acción. La comunicación a todos de la vida de Dios, que brota de la comunidad de los Tres, supone también una comunidad, que la exprese, la comparta y la transmita según sus múltiples y variados aspectos. Cristo, al venir al mundo, nació y vivió en el seno de una familia, que es en la tierra la máxima expresión de la Trinidad del cielo. Jesús, José y María son el principio, el centro y el culmen de toda la acción salvífica de Dios, de toda la historia de la salvación, insertada en la historia

de la humanidad. Para continuar hasta el final de los tiempos su acción salvadora, Cristo crea y organiza también una comunidad: la comunidad apostólica, que se constituye en su Iglesia, comunidad y sociedad, llamada a incorporar a todos los hombres, a la que dota de diversos poderes, diversos dones, diversos ministerios y diversas operaciones, que han de realizarse en armonía y dependencia unos de otros, formando entre todos un solo organismo, que es su Cuerpo Místico. Dentro de este único Cuerpo, aún caben grupos, distintas comunidades celulares, entrelazadas y subordinadas a las demás y al conjunto, que están destinadas a funciones específicas de vida y actividad cristiana, como son las familias, las parroquias, las diócesis, los patriarcados, las órdenes religiosas, las iglesias y comunidades cristianas, y las múltiples asociaciones apostólicas, que surgen para servicio de la Iglesia.

De un modo especial, se requiere este sentido de equipo, de comunidad, de conjunto, que sienta y trabaje al unísono, en todo lo referente a la unidad. Para llegar a la unidad con todos en Cristo, hay que empezar viviendo en unión con todos: con los de lejos y con los de cerca, particularmente con los que participan del mismo ideal. Los múltiples aspectos, problemas y necesidades de la unidad no se pueden afrontar más que en grupo y en colaboración. La misma oración por la unidad hay que hacerla en comunidad, en Cenáculo, para que sea más expresiva. La colaboración de varios a favor de la unidad, constituidos en comunidad, no sólo invisible y distante, sino también visible y local, adquiere una eficacia unificadora especial, no solo en cuanto que pueden realizar diversas empresas unitarias, sino también porque necesitan luchar para mantener la unidad y la expresan y la realizan, a medida que trabajan por conseguirla entre sí. La unidad requiere estos Cenáculos, estas comunidades, estos grupos, estos centros, complejos y armónicos, que se le consagren por completo.

Preparémoslos y formémoslos, bajo la protección de la Santísima Virgen, todo lo mejor que podamos. Compartamos el ideal de la oración con María y por María en favor de la unidad. Estemos concordes en vivir por la unidad, actuando siempre con Ella y por Ella. Agrupados por el calor maternal de Ella y animados de los mismos sentimientos, seamos un grupo compacto y concorde, que ora, que se sacrifica, que se santifica, que trabaja, para que Ella obtenga de su Hijo y realice,

cooperando con el Espíritu Santo, el misterio de la unidad, integrando a todos los hombres en la única Iglesia de Cristo. Seamos a favor de la unidad un solo corazón y una sola alma. Ayudémonos cuanto podamos y estemos unidos. Permanezcamos en Ella y por Ella, “juntos” para todo.

PARA SOÑAR

“Juntos para soñar”: para soñar el plan unitario y unificador de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; para soñar en el amor de Cristo, que nos quiere llevar a la unidad de la Trinidad; para soñar en la acción unificadora del Espíritu Santo, que todo lo ordena a la formación del único Cuerpo de Cristo; para soñar en María, la Madre de todos los hombres, que va alumbrando a través de la historia el Cristo total, con todos sus miembros plenamente incorporados y unidos; para soñar en el gozo y la intimidad de la colaboración en la oración y los trabajos por la unidad; para soñar en la unidad, que crece de día en día, a pesar de todos los pecados y todos los obstáculos; para soñar en toda la humanidad, plenamente salvada y unificada en Cristo y por Cristo, siendo todos solidarios, miembros de miembros, una sola y única Iglesia; para soñar, en fin, en la celestial Jerusalén, en la que todos seremos perfectamente uno en Cristo y Dios será el pensamiento, el amor y el gozo de todos.

PARA AMAR

“Juntos para amar”: para amar a Dios, a Cristo y a la Iglesia más que a nadie ni a nada, incluso que a la propia santificación, que se ha de subordinar a la gloria de Dios y a la unidad y santidad de la Iglesia; para amar la belleza y el esplendor de la unidad de la Iglesia, con todos sus miembros plenamente incorporados a la Cabeza y todos los hombres unidos en Cristo; para amar la verdad del Evangelio, en toda su pureza, que nos ilumina sobre Dios, sobre la vida, nuestras divisiones en comunión cristiana y eclesial; para amar el magisterio, las instituciones y las directrices de la Iglesia, actua-das y dirigidas por el Espíritu Santo, que nos transmiten la vida de Dios merecida por Cristo y aseguran la realización de la unidad querida por Cristo; para amar a todos los cristia-

nos, nuestros hermanos en Cristo por la fe en El, por el bautismo y la múltiple participación de sus bienes salvíficos, que debemos avanzar todos unidos hacia la misma plenitud de Cristo; para amar a todos los hombres, creados a imagen de Dios, redimidos por la sangre de Cristo y llamados a formar la misma familia humana y cristiana, solidarios unos de otros en el disfrute de los bienes de la tierra y en la común participación de la Eucaristía, signo y causa de la plena instauración del reino de Dios en la tierra; para amarnos los unos a los otros, a los de lejos y a los de cerca, en recíproco don de afecto y entrega, como Cristo nos amó y quiere que nosotros nos amemos, amando a Cristo en todos y a todos en Cristo, anteponiendo en todo a nuestro propio interés los intereses de Cristo; para amar todo lo bello, todo lo noble, todo lo verdadero, todo lo digno, todo lo justo, todo lo puro, todo lo santo, todo lo tierno y todo lo bueno, que hay en el mundo, en la vida, en las personas y en las cosas, hasta las más desheredadas o alteradas, puesto que la verdad, la bondad y la belleza son, donde quiera que se encuentren, reflejo de Dios y fuente de unión con Dios y con todos en Dios.

PARA SUFRIR

“Juntos para sufrir”: para sufrir por la ignorancia y el olvido de Dios, en que con frecuencia vivimos nosotros y viven la mayoría de los hombres; para sufrir por tantos y tantos pecados como cometemos y se cometen por todos a diario en todo el mundo, provocando la ira de Dios, menospreciando su misericordia y pisoteando la sangre redentora de Cristo; para sufrir por el escándalo de las divisiones entre los cristianos, el más grave y pernicioso de nuestros pecados, que contraría la voluntad de Cristo, atenta contra la naturaleza de la Iglesia e impide la evangelización y salvación del mundo; para sufrir por el Cuerpo Místico de Cristo, que, a consecuencia de nuestras divisiones, está roto, descoyuntado, herido, desangrándose y debilitándose por tantas y tantas lesiones que todos le causamos; para sufrir, porque los cristianos no vivimos como hermanos, no comulgamos ni podemos comulgar en el mismo Cuerpo y Sangre del Señor, ni nos aprovechamos plenamente del poder unificador del sacrificio de Cristo en la cruz; para sufrir por nuestras discordias, nuestras incomprensiones, nuestros distintos criterios, nuestros egoísmos, nues-

tras luchas pequeñas y grandes, nuestras mil maneras de oponernos unos a otros, conscientes e inconscientes, que entibian la caridad, oscurecen la verdad, resquebrajan la unidad y debilitan el poder de la comunidad para promover la unidad universal de todos y con todos en Cristo; para sufrir por el hambre, por la incultura, por las guerras, por las injusticias, por las discriminaciones, sean raciales, políticas o de cualquier otra índole, por la explotación de los débiles por los fuertes, por los atropellos de todo orden de unos para con otros, que transforman la tierra de paraíso en valle de lágrimas y dificultan la paz, la solidaridad y la unidad humana y cristiana de todos; para sufrir por los niños que no nacen y los niños que nacen y no son atendidos, por los jóvenes que no sienten la alegría de vivir y los que amando la vida la malgastan de espaldas a Dios, por los hombres y mujeres que no se esfuerzan por construir un mundo mejor, por los ancianos y los pobres que no confían en Dios ni encuentran en Cristo su fuerza, su consuelo y su riqueza, porque todos los que no caminan hacia Dios y hacia Cristo impiden y retrasan el ideal de la unidad; para sufrir por tantos millones de hombres, que no siendo aún cristianos, están lejos de Cristo, lejos de la salvación y lejos de la unión con todos en Cristo; para sufrir por todo lo que es malo, falso, injusto, deforme, indigno, odioso, impuro, pecaminoso y reprobable, ya que aleja y divide en vez de acercar y unir; para sufrir dolores y gemidos de parto, con toda la creación, por la manifestación de la gloria de los hijos de Dios y por la total restauración de todas las cosas en Cristo, en quien han de alcanzar la plena unión los hombres y los ángeles junto con toda la creación material. Mientras que no se consiga que Cristo lo sea todo en todos y en todo, todos tenemos mucho que sufrir, siguiendo a Cristo con nuestra cruz y supliendo en nuestra carne lo que falta a su pasión, para alcanzar la unión perfecta de todos y todo en su Iglesia. Suframos siempre juntos, para ayudarnos, consolarnos, reforzarnos y animarnos unos a otros. La unión en el sufrimiento une a Cristo y fomenta la unión de todos en Cristo. Suframos siempre “juntos”.

PARA ORAR

“Juntos para orar”: para orar, contemplando el misterio de la unidad de la Trinidad y de la unidad que Cristo quiere

instaurar en la Iglesia y en la humanidad, pues esta contemplación es la fuente y el origen de toda unidad; para orar por la dimensión apostólica y salvífica de la Iglesia, que apetece y busca, con todo su ser y todas sus fuerzas, desarrollar y perfeccionar la unidad, por la comunicación cada vez más plena de la verdad y la vida de Cristo a todos los hombres dentro de su seno; para orar por la causa del ecumenismo, para que los esfuerzos de todos los cristianos en pro de la unidad crezcan y se multipliquen, todos los favorezcan, los sigan con valentía y llegue pronto el día en que no constituamos más que una sola Iglesia de Cristo; para orar por todos los cristianos, para que Cristo los bendiga y auxilie a todos en todas sus empresas cristianas, todos comprendan y vivan cada vez mejor el Evangelio, todos avancen como hermanos hacia la plena verdad de Cristo, todos den el mismo testimonio de Cristo, todos sean uno y todos cooperen a la salvación del mundo; para orar por los católicos, por los ortodoxos, los anglicanos, los protestantes, para que todos crezcan en santidad, todos desarrollen sus valores cristianos, todos favorezcan la solidaridad dentro de su Iglesia o Confesión, todos se renueven en fidelidad a Cristo y todos busquen la unidad de la única Iglesia de Cristo, dialogando, colaborando y ayudándose todo lo que puedan; para orar por el Secretariado de la Iglesia católica para la unión de los cristianos, por el Consejo Ecuménico de las Iglesias y por todas las asociaciones, instituciones y centros de todas las Confesiones cristianas que se dedican al servicio de la unidad, para que sus esfuerzos pacientes y generosos sean estimados y seguidos por todos, aumenten su eficacia y sean instrumentos de unidad en manos del Espíritu Santo; para orar por todas las necesidades y todos los intereses de todas las Iglesias y Comunidades cristianas, por sus valores cristianos y todas sus actividades, para que todos caminen a la luz de Cristo y todos favorezcan la unidad en la verdad y la caridad de Cristo; para orar en Cristo y con Cristo por la verdad y la caridad de Cristo; para orar en Cristo y con Cristo por la manifestación a todos de su gloria y porque todos seamos uno en El, como El y el Padre son uno; para orar en la Eucaristía, en el Oficio divino, en toda oración y en toda la vida por la intención de la unidad; para orar con María, con todos los santos, con toda la Iglesia, con todos los cristianos y con todos los hombres, para atraer el Espíritu Santo sobre todos y para que todos sean atraídos

hacia Cristo; para orar por el movimiento “A la unidad por María”, por sus intenciones, sus iniciativas, sus esfuerzos y sus aspiraciones, para que todos los cristianos nos congreguemos en torno a María, para pedir con Ella y por Ella la plena unión de todos en la única Iglesia de Ella y de su Hijo; para orar por todos los que se interesan por la unidad, por todos los que la buscamos bajo la protección de la Stma. Virgen, por todas nuestras empresas, para que la imitemos cada vez mejor a Ella, seamos más santos y prestemos más y mejores servicios a la causa de la unidad; para orar unos por otros, por todas nuestras intenciones, nuestros propósitos y nuestros trabajos ecuménicos, así como por las empresas que se nos encomienden y los hermanos cristianos que se relacionen con nosotros; para orar por las misiones y por todos los hombres, que aún no conocen a Cristo ni le están incorporados por la fe y los sacramentos, para que vengan al conocimiento de la verdad, entren en la Iglesia y reciban con abundancia la salvación de Cristo, que es para todos; para orar por los pecadores para que se conviertan a Cristo y vivan en gracia, por los justos para que perseveren y crezcan en la santidad, y por todos; para que nos veamos libres de todo mal, como la guerra, el hambre, el pecado, la injusticia y toda clase de atropellos o accidentes, y seamos enriquecidos con todo bien, como la gracia, la virtud, la paz y la plena unión de todos en la fe, la caridad y la Iglesia de Cristo. La oración en común por la unidad es anticipo y causa de unidad. Estemos siempre juntos para orar por la unidad: juntos unos con otros, juntos con María y juntos con Cristo, fuente de toda unidad.

PARA TRABAJAR

“Juntos para trabajar”: para trabajar por la gloria de Dios, por el Reino de Cristo en el mundo, por la unidad de la Iglesia, por la belleza, la vida y la perfección del Cuerpo Místico de Cristo; para trabajar por el pan nuestro de cada día, por todas las necesidades materiales, por el aumento de la cultura, por el progreso y la perfección de todos en la vida espiritual; para trabajar por la paz y la concordia entre los hombres, por el embellecimiento del mundo, por la alegría de vivir en Dios, por la extensión del amor de Cristo a todos; para trabajar, intensificando en algo la luz y el amor del mundo y de la Iglesia, para que la luz y el amor de Cristo iluminen y calienten

mejor a todos, atrayéndolos a la unión con El y en El; para trabajar por la identificación con Cristo y el crecimiento en la santidad, tanto nuestra como de todos, para conseguir un mismo pensar y un mismo sentir en Cristo; para trabajar por imitar a María nuestra Madre, cooperar más dócilmente con el Espíritu Santo, apropiarnos más plenamente la vida de la Iglesia, renovarnos de acuerdo con el Evangelio y enriquecernos con los tesoros de todas las tradiciones cristianas; para trabajar por conocer y vivir con más fidelidad y generosidad, el Evangelio y las exigencias de la unidad; para trabajar por servir y favorecer según nuestra vocación y nuestros talentos, desde nuestro puesto y con nuestras obligaciones, la causa de la unión de los cristianos y de todos los hombres en la única Iglesia de Cristo; para trabajar por estar en contacto, según nuestras posibilidades, con otros hermanos cristianos, ofrecerles nuestro amor y nuestras vidas, compartir sus anhelos, preocuparnos por ellos, amarnos y ayudarnos a crecer en Cristo; para trabajar por crear puntos de contactos interconfesionales, organizar actos ecuménicos de oración, de estudio y de colaboración, tanto material como espiritual, por irradiar a otros el espíritu y la preocupación ecuménicos y avanzar con todos hacia la unidad que Cristo quiere y por los medios que Cristo quiere; para trabajar por emularnos santamente unos a otros, tratando de superarnos cada vez más en la fidelidad a Cristo, en la perfección de la vida divina y en el servicio a los otros y a la unidad; para trabajar por ayudarnos unos a otros, compartiendo los trabajos, consolándonos en las luchas y fomentando en nosotros y en todos lo que nos une por Cristo con Dios y con todos en Dios; para trabajar también por las misiones, por la extensión de la Iglesia y la incorporación a la fe de Cristo de todos los que aún no la tienen, para que, en la perfecta unión de todos los hombres a Cristo, el Padre sea plenamente glorificado en el Espíritu. El trabajo compartido, realizado en colaboración, no sólo es más amplio, más eficaz, más especializado, sino también más gozoso y más unificador. Sepamos también estar juntos para trabajar.

PARA CANTAR

“Juntos para cantar”: para cantar las misericordias y alabanzas de Dios, que nos ha creado a su imagen, que nos ha dado por amor a su Hijo unigénito y que en El nos reconcilia

consigo y nos llama a formar todos un solo Cuerpo Místico de Cristo; para cantar la armonía del universo, morada de todos los hijos de Dios, en el que todos somos solidarios de todos y todos debemos trabajar por la paz, la concordia y la común participación de todos en las riquezas materiales y espirituales, que El mismo nos ha dado por la creación y la redención de Cristo, su Hijo amado, en quien tiene todas sus complacencias y por quien nosotros debemos glorificarle en todo; para cantar el designio providencial de Dios, que ha fundado en Cristo y por Cristo la Iglesia, dotada de todos los carismas y poderes apropiados para su misión, a la que Cristo ha amado, santificado y entregado todos los tesoros de la revelación y la redención, con su magisterio infalible, su gobierno caritativo y seguro y su poder eficaz de santificación, a la que han de pertenecer todos los hijos de Dios y todos los miembros de su pueblo; para cantar la gloria del Padre, que se nos ha revelado en Cristo, y toda la obra de Cristo —su encarnación, su vida, sus milagros, sus enseñanzas, sus instituciones, su pasión, su redención y su resurrección—, que se ha entregado y santificado para que todos seamos uno como El y el Padre son uno; para cantar la comunión y los méritos de tantos santos, tantos doctores, tantos hombres y mujeres ilustres, tantas riquezas y tanto patrimonio cristiano, como la tradición viva y apostólica de la Iglesia ha ido desarrollando y conservando, para alimentar nuestra vida, consolidar nuestra esperanza y empujar nuestra marcha ascendente hacia una mayor integración de todos en las insondables riquezas de Cristo; para cantar la expansión y el avance misionero de la Iglesia, que cada día dilata sus fronteras, se implanta donde todavía no estaba e irradia su luz y su salvación, como signo alzado entre las naciones, a las gentes que todavía están lejos de ella, para que todos los hombres se encaminen a Cristo y sean uno con El y en El; para cantar la acción del Espíritu Santo, que suscitó el Movimiento Ecuménico, por el que las Iglesias y Confesiones cristianas buscan sinceramente en común la mejor manera de responder a la voluntad del Señor y realizar su designio de que no haya más que una sola Iglesia visible en Cristo; para cantar los gozos de la unión entre todos los cristianos y el progreso de todos los hombres hacia Cristo, que, de una manera secreta y misteriosa, pero real y positiva, se va realizando cada día con más fuerza y rapidez, acortando distancias entre unos y otros y abriendo nuevas vías

de común convergencia de todos hacia Cristo; para cantar las iniciativas y trabajos ecuménicos, que aparecen en todas partes y contribuyan a desarrollar el espíritu ecuménico de todos, a responder mejor a la acción unificadora del Espíritu Santo y a disponernos para recibir la gracia de la unión perfecta de todos en Cristo; para cantar la bondad y la ternura del corazón de Cristo que nos confió a los cuidados de su Madre, a quien hizo Madre de la Iglesia y Madre de la unidad, para que, bajo su protección y acudiendo a su intercesión, lleguemos todos a ser su única familia, su único Cuerpo, su plenitud total: Cristo con todos sus miembros, los hombres todos, perfectamente unidos entre sí y con la Cabeza; para cantar el número y el mérito creciente de todos los que integran el Movimiento "A la unidad por María", para implorar con Ella y de Ella la gracia de la unidad y cooperar con Ella y con Cristo a su realización, hasta que todos nos congreguemos con Ella en oración por la unidad y consigamos ser por su acción maternal uno con su Hijo; para cantar la fuerza y la dulzura de nuestra unión, nuestra oración y nuestro trabajo, amparado y bendecido por Ella, en favor de la unidad con todos en Cristo, unión que tanto nos consuela, nos anima y nos puede ayudar a realizar maravillas en servicio de la Iglesia y la unidad. Trabajando juntos, también debemos gozar juntos y alabar juntos a Dios, por todos los dones de la unidad, que nos concede por Cristo en el Espíritu Santo.

* * *

Donde quiera que se coopera y se trabaja "juntos" por la unidad, se hace progresar la unidad. La unión universal del organismo resulta de la unión particular de las células. Sediendos de esta unión total de todos en Cristo, formemos células y Cenáculos consagrados a la unidad, estrechemos nuestra unión en todo, asociémonos con la Virgen María Madre de la unidad, invoquemos con Ella unánimes y de continuo, al Espíritu Santo, abrámonos a la colaboración con todos en orden a la unidad, acrecentemos de día en día nuestra santidad y estemos seguros de que con nuestra nada y nuestra impotencia, resaltando en ellas la potencia y la sabiduría de Ellos, con-

tribuiremos a la consecución final de la unidad de todos en la única Iglesia de Cristo. Que Ella, la Virgen Madre, Madre de Dios y Madre de los hombres, Madre de la Iglesia y Madre de la unidad, nos lo consiga y no los conceda para el bien de todos, la unidad de la Iglesia y la gloria de la Stma. Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.